

# La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.  
Manuel Orozco y Berra.  
Hilarion Frias y Soto.  
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

## EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, JUNIO 1º DE 1873.

{ NUM. 37.

### CUENTOS DE MI ABUELO.

#### EL MANOJITO DE GUINDAS.

[Concluye.]

Quisieron saber lo que contenía la nueva remesa del anónimo, que al parecer era de mayor volumen que las otras. Gustavo mismo se apresura á desatar el lio, y halla un lucido uniforme de oficial de artillería, con un magnífico sable al que estaba prendida una cartera de taflete verde, que contenía este escrito:

«El ministro de guerra, pariente mio, tiene la costumbre de concederme todos los años, el día de mi santo, una patente de oficial para aquel pariente ó amigo mio que se halle con mérito para ella: ruego á vd. que la acepte para su hermano, como una justa recompensa de sus grandes adelantos en la Escuela Politécnica. Si el nuevo oficial, como no lo dudo, llega á distinguirse en la carrera de las armas, solo le suplico que tome por divisa suya: «*Lo que poseemos vale doble, cuando tenemos la dicha de partirlo con otros.*»

Al lado de este escrito habia en efecto una patente de subteniente de artillería, con orden de incor-

porarse en el término de ocho dias con el regimiento á que le destinaban. Gustavo creía estar soñando. Lo que él deseaba con tanto ardor, y que no imaginaba lograrlo en mucho tiempo, le venia de la generosa mano de una jóven y hermosa desconocida, cuya modestia daba doble valor al beneficio. «¡Y partiria yo sin conocerla ni darle gracias! —Hay un medio, prorumpieron su madre y hermana, arrasados de lágrimas sus ojos con el gozo y arrobamiento; es preciso presentarse hoy mismo en la audiencia del ministro de guerra, por el cual sabremos quién es esta á la que somos deudores de tanta felicidad..... —Tiene vd. razon, repuso Gustavo; vamos allá ahora mismo.....» Se puso al punto el uniforme, que con el mayor asombro suyo le venia pintado. Emelina y su madre fueron á asearse con mucha finura; y al cabo de una hora se presentaron todos tres en casa del ministro de guerra, que los acogió con afabilidad la mas insinuante, y que convencido de que conocian á su jóven favorecedora, les dijo: «Cediendo á las vivas instancias de la señorita de Saint Leon, no hago sino hacer justicia á su digno favorecido; y de antemano leo en el rostro de M. de Clinville, que se hará merecedor de todo el empeño que por él tomo, y que prometo probarsele en todos tiempos.»

A estas palabras se retiraron madama de Clinville y sus hijos... «¡La señorita de Saint Leon! repetía incesantemente Gustavo.—Es sin duda, añadió madama de Clinville, no hay que dudarlo, la hija de ese general que se ha hecho con sus hazañas el mas firme apoyo del trono, y uno de los primeros privados del monarca. Es menester saber dónde vive, é ir inmediatamente á su casa.—Entremos, dijo Emelina, en la primera librería, y hallaremos en la Gufa de Forasteros estas señas tan ansiadas.» En efecto, supieron que este general vivia en el barrio de Saint Honoré, junto al Eliseo. Fueron allá volando. Emelina rogó al portero que fuese á anunciar que M. de Clinville, oficial de artillería, y su familia, deseaban tener la honra de hablar por un instante á la señorita de Saint Leon.

De allí á breve rato volvió el portero acompañado de un paje, que tenia orden de introducir á estas damas y al nuevo oficial en el gran salon. No tardó en presentarse la señorita de Saint Leon. Llevaba el mismo vestido y sombrero verde adornado de margaritas blancas con que se hallaba en el encuentro de las Tullerías. Tenia al lado suyo á la misma dama, á la que daba el nombre de tia. Se adelanta precipitadamente hácia Emelina, la estrecha en sus brazos, y le pide perdon por haber abu-

sado de su incógnito y atormentado su delicadeza. «Pero, añadió con el mas amable acento, era necesario ciertamente atraer á vd. por grados á recibir la prueba de los afectos que supo infundirme en nuestra primera conferencia. Instruida yo por todos los informes que mandé tomar, de que el deseo mas vehemente de vd. era el de lograr una patente de oficial para su hermano, citado por todos los jefes de la Escuela Politécnica como un jóven que ha de hacer algun dia la mas brillante carrera, mi tia y yo, en ausencia de mi padre, actualmente en los ejércitos, hemos logrado sin trabajo lo que dá un valeroso mas al Estado, á la honrada familia de vd. el cumplimiento de sus deseos, y á mí la dicha de probar á la familia de Clinville de cuánto valor fué para mí el delicioso manojito de guindas, del que vd. me obligó á participar, y cuán grabadas están en mi memoria las palabras insinuantes que le acompañaron.»

Emelina no respondió al pronto á la hija del general mas que estrechándola sucesivamente en sus brazos, y colmándola de besos. Hasta madama de Clinville misma no pudo menos de pedirle licencia para abrazarla. Gustavo prometió con todo el calor de un jóven oficial francés, que sabia justificar el buen concepto que de sí habian formado, y exclamó con heróico acento: «¡No veo la hora de estar ya en mi fila bajo las banderas francesas! Si dentro de un año no tengo la cruz de honor, le dejo dueño á S. M. para borrarle de la lista de los valientes.....» Supo despues que su jóven y amable protectora habia llevado la bondad hasta hacer que descubriesen á su sastre, á quien ella habia encargado su primer uniforme. Al saber esto, no quedó ya asombrado de que tan bien sentado le fuese á su cuerpo.» Es menester, dijo la tia de la señorita de Saint Leon, que tan buen dia sea completo: estas señoras y nuestro jóven subteniente no pueden negarse á comer con nosotras; y gustamos de ver, lo mas que es posible, á los que hicimos felices.»

Madama de Clinville aceptó sin detenerse; pidió únicamente licencia para retirarse á su casa hasta la hora de la comida, y se marchó con sus dos hijos. Volvió de allí á algunas horas con el mismo traje que llevaba en el encuentro de las Tullerías. Emelina habia tenido la misma precaucion; pero su llana compostura iba adornada con el rico chal de Cachemira, y uno de los abanicos que se le habian enviado por el famoso sombrero verde, el cual se mostró muy reconocido á tan atento testimonio. Se sentaron á la mesa. Al desdoblar la señorita de Saint Leon su servilleta, halló bajo su cubierto un estuchito, en que habia un anillo compuesto de tres brillantes, en cuyo engaste acababan de grabarse estas palabras: «Prenda de un eterno reconocimiento.....» Puso en su dedo el anillo, y prometió no dejarlo jamas. Hizo de Emelina una amiga con la que se correspondió siempre, y de Gustavo un oficial que ascendió á un grado muy superior, é hizo señalados servicios al Estado; y á menudo, cuando en sus frecuentes conferencias Emelina y la hija del general se hacian repetidas caricias, repetian juntas todavia: «Lo que poseemos vale doble, cuando tenemos la dicha de partirlo con otros.»

### EL VALLE DE LAS LAGRIMAS.

María dice á su madre reclinando su cabecita de ángel en el seno maternal, «¿qué quiere decir eso que tan á menudo oigo decir, mamá, eso de *el valle de las lágrimas?*»

LA MADRE.—Hija mia, ese es el nombre que se dá á este mundo en que vivimos.

MARIA.—¿Y por qué?

LA MADRE.—¿Por qué? es una historia triste y algo atrasada.

MARIA.—Qué, ¿no la sabeis?

LA MADRE.—Sí, hija mia; la sé, y muy bien.

MARIA.—¿Y no quieres contármela?

LA MADRE.—Sí quiero; escucha:

«Despues que Dios creó el mundo, y el cielo, y las estrellas; despues que separó la luz de las tinieblas

formó á nuestros primeros padres, Adan y Eva. Les dió por mansion un verjel amenísimo, de árboles frondosos que entrelazaban sus ramas para formar frescas bóvedas impenetrables á los ardores del sol. Entre aquellas magníficas enramadas, saltaban alegres y lanzaban al aire sus cadencias dulcísimas, mil pajarillos inocentes, de alas de oro y zafiro. Cuando grandes arroyos regaban aquella deliciosa morada, y mezclaban el manso murmurio de sus aguas á los demas ruidos de la naturaleza, formando el conjunto un agradable y variado concierto. Las flores, en infinita variedad, alegraban la vista con sus gayos matices, y el aire se embalsamaba con su aroma. Habia toda clase de frutos, y nuestros primeros padres podian comerlos todos, escepto uno que su Creador les habia prohibido tocar. Mas desobedecieron, hija mia; desobedecieron, porque el demonio de la soberbia les tentó y se vieron obligados á abandonar aquel hermoso lugar, sin atreverse á volver los ojos á mirarle.

«Cuando hubieron salido del Paraíso, se encon-

traron en un vasto, pero triste y desolado valle. Las aves no les hacian, como antes, agradable compañía; una que otra de ceniciento plumaje, que descansaba sobre alguna roca, huia espantada al verlos; de entre las grietas de los montes se oia salir el rugir de las panteras, antes inofensivas; los árboles, agitados por el aire, parecian gemir.

«Nuestros primeros padres se encontraron como aislados de la naturaleza, y lloraron.

«Este mundo es un inmenso valle. A cada momento sentimos en nuestras plantas la punzadora espina del abrojo. Tiene tambien sus flores, sus goces; mas si queremos libar su esencia, siempre hallamos una gota de acíbar en el fondo. Es un valle grande, hermoso, pero que nos vemos precisados á regar con nuestro llanto.»

Dijo la madre, y la frente de la niña, que se habia erguido para escuchar atentamente, volvió á caer, oscurecida, sobre el seno maternal.

ANGELA LOZANO.

México Mayo 14 de 1873.

## EL CANCON.

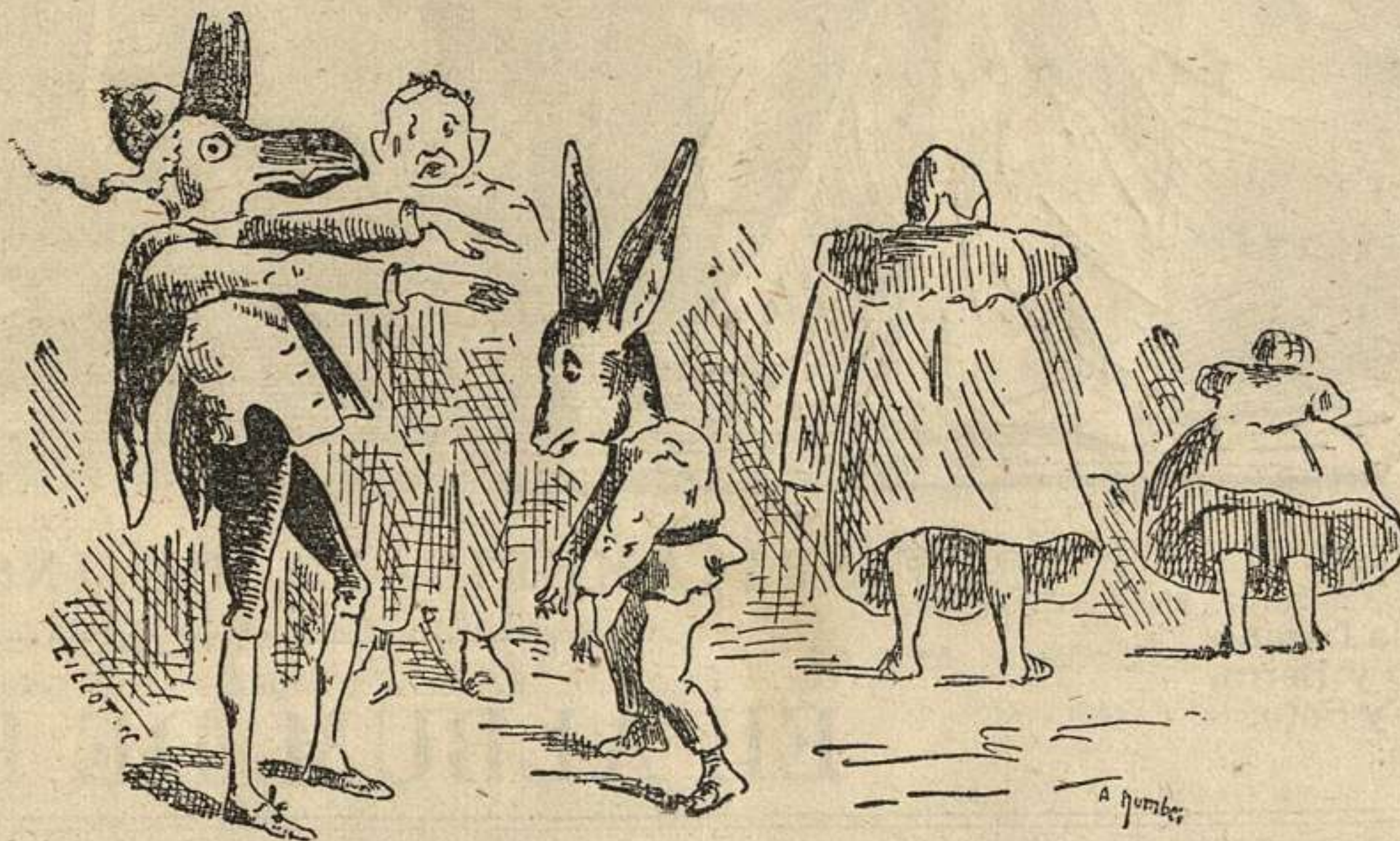
DRAMA BUFO EN DOS ACTOS Y TREINTA Y CUATRO CUADROS, CON UN PRÓLOGO Y DOS EPÍLOGOS.

ACTO SEGUNDO.

[Conclusion.]

D. BONIFACIO.—¡Ah, señor! ¡si usted lograra convertirlo!  
EL CANCON.—De eso trato puntualmente.

(Acércase á Pepe, le hace sobre la cabeza media docena de muecas muy raras, y convierte la suso licha en cabeza de burro).



(Durante la operacion, Pomposa y Chucha han hundido su dolor y sus lágrimas en sus respectivos pañuelos. D. Bonifacio toma á Pepe de la mano, y le planta delante del espejo).

D. BONIFACIO.—¿No te lo dije, Pepito? ¿no te dije que habrias de parar en burro?  
EL CANCON.—Si Pepe vuelve al sendero de la virtud, qu'zá le perdone yo algun dia, y ese dia le devolveré su cabeza.

(Desaparece).

(D. Bonifacio sale á despedirle con la mayor urbanidad. Chucha y Pomposa, abismadas en su dolor, apenas se atreven á contemplar la metamorfosis de Pepe. Este, para dar una prueba de docilidad, y mostrando que se conforma con su nueva posicion social, hace todo lo posible por pacer unas yerbas que se le cayeron de la bolsa al Cancon).



La orquesta, para caracterizar la situacion, deja oír una nota formidablemente solemne.

(Cae el telon).

¡Todo queda sumido en el silencio y en el misterio!.....

## PRIMER EPILOGO.

Algun tiempo despues, como el niño Pepito hubiese aprendido mejor sus lecciones y dado muestras diarias de sincero arrepentimiento, perdió su cabeza de burro, la cual era ni mas ni menos de carton. Parece ser que un tio de Pepe se habia disfrazado de Cancon, sin enterar de ello á D. Bonifacio.



## SEGUNDO EPILOGO.

Ha pasado ya el mes; regresa de su viaje el Señor Gonzalez.



EL SR. GONZALEZ (á Pepe).—¿Qué tal te has portado?

PEPE (con noble franquea).—Al principio, no muy bien, papá; pero despues ya he estado mas regularcito. Pregúntaselo al Señor D. Boni, pregúntaselo á Pomposa y á Chucha.

CHUCHA, POMPOSA Y D. BONIFACIO (en coro).—Sí, sí, nuestro Pepito se porta muy bien ahora.

D. BONIFACIO.—Se sabe muy bien sus lecciones, y no ha rasgado ni una hoja de su cuadragésima gramática.

CHUCHA.—No me ha vuelto á pegar desde la última vez.

POMPOSA.—No ha roto nada en mi cocina, y lleva quince dias de no tener lo que se llama una indigestion.

PEPE.—¡Ya verás, papacito, ya verás! ¡estoy muy enmendado!

EL SR. GONZALEZ.—¡Dios lo haga!

(Cae definitivamente el telon).

## CUENTECITOS Á MIS NIÑOS.

## XX

FRANCISCO ECHA Á TEODORO, SU AMIGO, PORQUE SE HA VUELTO POBRE.

Francisco y Teodoro, condiscípulos en una misma pension, se estimaban bastante á pesar de tener un carácter muy diferente: Francisco era de un natural altivo, tenía capacidad, y hacia el importante, creyéndose algo cuando parecia que se le miraba. Teodoro, al contrario, era sencillo y bueno, perdonaba á Francisco sus caprichos, para no acordarse mas que de la amistad que le profesaba. Mas de una vez Teodoro empleó sus recreaciones en hacer la composicion de Francisco, y solo entonces era cuando Francisco llamaba á Teodoro su *amigo*, y le manifestaba alguna preferencia.

Teodoro, hijo de un viñador, volvió á casa de su padre, cuando supo leer, escribir y contar. Francisco permaneció un año mas en el colegio; despues fué á Paris á casa de sus padres, donde reinaba la magnificencia y el esplendor.

Hacia muchos meses que Francisco se hallaba en casa de sus padres en medio de los placeres del gran mundo, cuando los diarios hicieron mencion de un incendio considerable que habia arruinado muchas familias: el suceso habia pasado en el pueblo de Teodoro. Francisco no dejó de observarlo; pero se

guardó muy bien de decir nada de ello, y aun mas de hablar de su condiscípulo.

En esta misma época el padre de Teodoro vino á Paris por negocios, llevando á su hijo consigo: Teodoro no habia olvidado á Francisco: sabia su paradero, y se lisonjeaba de volver á verle. Rogó á su padre que le acompañase á casa de su amigo, y volvió mas bien que caminó para tener el placer de abrazar mas pronto á su antiguo camarada.

Habiéndose adelantado mucho á su padre, Teodoro entra en una magnífica casa, pregunta por Francisco, sube ligeramente, y ve á su amigo, á lo último de un rico aposento, echado sobre un sofá; se dirige á él con los brazos abiertos, llamándole con los nombres mas tiernos; pero Francisco, que le reconoce, se pone colorado de ver un aldeanito, vestido de paño tosco, que le habla con ese tono de familiaridad: tiembla por que llegue alguno, y sea testigo de su entrevista. Su orgullo ahoga los sentimientos de la amistad, y aun del reconocimiento. —«¿Qué viene vd. á buscar aquí, insolente? dice él; salga vd. prontamente.—Yo soy Teodoro, respondió el aldeanito, que cree haber cambiado mucho con diez y ocho meses de ausencia.—Es falso, replica Francisco, salga vd. pronto, ó yo mando echarlo.» «Diciendo esto, abrió una puerta que daba al jardin, y le renueva la orden de salir.

Teodoro se fué llorando; encontró á su padre que entraba en la casa, y le contó su aventura. Consuélate, hijo mio, le dice el aldeano; nada pierdes, puesto que Francisco no era tu amigo. La fortuna le

hace orgulloso, y el orgullo duro é ingrato: él te conoce muy bien; pero tu amistad le humilla, porque tú eres pobre.

Teodoro volvió á su pueblo con el corazón triste, porque acababa de hacer un funesto descubrimiento: este jovencito no concebía que la riqueza pudiese destruir de tal modo las afecciones de la infancia; en cuanto al orgullo, sus efectos le eran enteramente desconocidos,

Francisco recibió el castigo de su falta; los criados, que conocían á Teodoro, y aborrecían al imperioso niño, hablaron con tanto ruido de esta mala accion, que llegó á los oídos de su padre. Francisco fué castigado, pero su corazón permaneció el mismo.

El cielo se encargó de la venganza de Teodoro: habiendo muerto el padre de Francisco sin arreglar sus asuntos, que estaban sumamente desarreglados, el orgulloso fué á su turno echado por los acreedores, que se apoderaron del hermoso aposento, y de todo lo que contenía. Francisco fué acogido por uno de sus parientes, no con mucha comodidad, hasta tanto que se hubiese decidido de su suerte.

¡Funesto ejemplo para los niños ricos y orgullosos! El orgullo ha producido los demonios. Es un vicio horrible, porque trae consigo el mas vil de todos, que es la ingratitud. ¡Oh, mis queridos niños, abrid vuestra alma á los sentimientos honrados!... ¡Ellos os procurarán mas felicidad que todo el oro de la tierra!.....

## EL GATO Y LA LIMA.

(FABULA.)

Entre las lenguas de lamer ingrato  
La que mas incomoda y mas lastima,  
Como bien lo sabeis, es la del gato.—

Un gato se encontró con una lima,  
Y á lamerla empezó con ansia fiera,  
Creyendo hacerle sangre y darle grima.

Pero por ruda que su lengua fuera,  
Éralo el hierro mas, y al fin... .. es claro,  
Fué su lengua en dañarse la primera.

Él, de la sangre de la lima avaro,  
Juzga que es de ella la que triste vierte,  
Y lame y chupa con empeño raro.

Poco rato despues su error advierte;  
Y su afan de dañar con ansia estraña,  
Por desangrarle acaba y dale muerte.

*Así al malvado su ilusion engaña,  
Y de mala intencion haciendo acopio,  
Juzga á las veces que á los otros daña,  
Cuando labra no mas su daño propio.*

## LA DISCORDIA.

¿Habeis visto alguna vez una fuentecilla de agua que brota casi imperceptible de la superficie de la tierra? Socábalas al principio formándose un estrecho cauce; pero segun va avanzando se hace este mas profundo, y cobrando fuerzas á medida que corre, llega á abrirse un ancho paso formando al fin un impetuoso rio que arrastra árboles, derriba peñas y lucha hasta con el mar que le opone la barrera de sus olas.

No de otro modo, las disputas, que suelen nacer de una pequeña causa, van adquiriendo insensiblemente grandes dimensiones hasta terminar en fatales resultados.

Juan y Jorge empezaron á disputar sobre un cortaplumas, que uno de ellos habia perdido, con estas palabras:

JORGE.—Siempre que uses algo mio, no te olvides de volverlo á poner donde lo hallaste. ¿Dónde está mi cortaplumas?

JUAN.—Mal puede decírtelo quien no lo ha visto ni tocado.

JORGE.—¡Cómo! ¿no recuerdas que te lo presté ayer?

JUAN.—Sí; pero tú te olvidas que lo has estado usando esta mañana.

JORGE.—No es verdad: yo no lo he visto desde que te lo presté ayer.

JUAN.—Te repito que olvidas que lo has estado usando esta mañana.

JORGE.—Es falso cuanto dices, pues fué ayer cuando estuve labrando con él un pedazo de madera.

JUAN.—Debieras ser algo mas medido en tus palabras sabiendo á lo que puede esponerte ese tono altanero ó insultante.

Yo no podré decirnos cuál de los dos niños habia perdido el cortaplumas; pero sí que tanto el uno como el otro pudo haber evitado la disputa que ha enardecido sus ánimos y entibiado su amistad. Debieron haber tenido muy presente que las palabras descompuestas no producen jamas mas resultados que despertar la cólera, y sobre todo destruir la paz, que es el mas apetecible de los bienes de este mundo.

## MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

### CAPITULO III.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

#### ARTICULO VIII.

*Del modo de conducirnos con nuestros domésticos.*

##### I

Procuremos que á las consideraciones que nos deben nuestros domésticos por nuestra posicion respecto de ellos, se añada el agradecimiento y el cariño por el buen trato que de nosotros reciban.

##### II

La intolerancia para con los domésticos es tanto mas injusta cuanto que en general son personas á quienes la ignorancia conduce á cada paso al error. Si debemos ser indulgentes y benévolos para aquellos que desde la niñez se han nutrido con los mas elevados principios, y á los cuales estos principios y el inmediato contacto con las personas cultas obligan á un proceder recto y delicado, con mayor razon deberemos serlo para con aquellos que no han podido recibir una educacion esmerada.

##### III

Guardémonos de dirigir habitualmente la palabra á nuestros domésticos en ese tono imperioso y duro que ni nos atrae mayor respeto, ni comunica mayor fuerza á nuestros mandatos: tolerémosles sus faltas leves; y al corregirlos por las que sean de naturaleza grave, no confundamos la energía con la ira, ni la severidad con la crueldad.

##### IV

Jamas reprendamos á nuestros domésticos delante de los estraños. De este modo los sonrojamos, gastamos en ellos el resorte de la vergüenza y faltamos ademas á la consideracion que debemos á los que vienen á nuestra casa, haciéndolos sufrir la desagradable impresion que producen siempre tales escenas en los que las presencian.

##### V

No echemos nunca en cara á nuestros domésticos, al reprenderlos, sus defectos ó deformidades naturales. Desde el momento en que el hombre no es dueño de corregir sus defectos, ya la caridad nos prohíbe recordárselos con el solo objeto de mortificarle.

##### VI

Jamas empleemos la sátira, y mucho menos la ironía, para reprender á nuestros domésticos, pues por este medio no conseguiremos nunca llegar á corregir sus defectos.

##### VII

Tengamos, por otra parte, como una importante regla, que no todas las faltas deben reprenderse. En medio de las atenciones de que están rodeados nues-

tros domésticos, y de la imprevisión á que generalmente los sujeta su ignorancia, muchos son los errores en que incurren, que por su poca entidad no merecen otra cosa que una leve insinuación, ó mas bien nuestra indulgencia; y si hubiéramos de refirirlos por todos ellos, los acostumbráramos al fin á mentir, pues negarian muchas veces sus propios hechos para sustraerse de nuestras reconvenciones, desvirtuaríamos la fuerza de nuestra voz, y nos condenaríamos á una agitación constante que turbaria completamente nuestra propia tranquilidad.

#### VIII

Cuando nuestros domésticos se encuentren enfermos, rodeémoslos de toda especie de cuidados, y no demos nunca lugar á que crean con fundamento que hemos apreciado en poco su vida ó su salud.

## LA YEGUA Y EL ASNO.

(FABULA.)

Una yegua tiene  
El Señor Don Cleto,  
Y ademas un asno  
De ella compañero.

La yegua está ociosa  
Casi todo el tiempo,  
Pues la tiene el amo  
Solo por recreo.

El borrico en cambio  
Suda como un negro,  
Cargas y mas cargas  
Sin cesar sufriendo.

Alegrita aquella,  
Ve el pesebre lleno,  
La mejor cebada  
Sin cesar comiendo;

Y entre tanto el burro,  
Aunque mas hambriento,  
Solo paja mala  
Tiene á medio pienso.

Con razon mohino,  
Dice el asno: «veo  
Que el que mas trabaja  
Engulle aquí menos.»

—«Es verdad, responde  
Su señor y dueño;  
Pero tal percance  
¿Qué tiene de nuevo?»

*A mil empleados  
Les pasa lo mesmo:  
Cuanto mas trabajan,  
Cobran menos sueldo.»*

## AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

No solo debemos desear ser útiles á la juventud, sino que no debemos vejarla ni por palabras ni por hechos; debemos usar los mejores medios de enseñar á los jóvenes á orar, á ser ordenados, moderados, obedientes, fieles, quietos y verídicos; no maldecir ni regañar y conservarlos virtuosos en palabras y en movimientos.

Lo que los dioses exigen de nosotros, es que usemos asiduamente todos los medios de inducir y proteger á la juventud, á fin de que los jóvenes no lleguen á ser gentes sensuales, mal educadas y disolutas, como se dá frecuentemente el caso cuando no se les cria con cuidadosa disciplina.

Nuestra propia esperiencia nos enseña que la juventud es como una yesca, y que fácilmente se escita con lo que es malo y dañoso.—LUTERO.

¿Qué puede haber mas bajo para la raza humana, que el ser condenados como el sultán Ibrahim á una eterna niñez?

Pero esto es un equivalente de la estirpacion com-

pleta de toda moralidad.—*El autor de la FILOSOFIA DE LA NATURALEZA.*

El hombre se engrandece á medida que aprende á conocerse á sí mismo y sus poderes.

Si el hombre posee la conciencia de lo que es, aprenderá tambien lo que debe ser; que tenga un respeto teórico de sí mismo, y pronto tendrá una voluntad práctica.

En vano será esperar grandes progresos de las buenas tendencias del hombre, porque para hacerse mejor, necesita ser ya bueno. Por esta misma razon, la revolucion en el hombre debe proceder de la conciencia teórica de su sér; debe ser teóricamente bueno, para que pueda serlo prácticamente; y la preparacion mas segura para un curso de accion consistente en sí mismo, es la conviccion teórica de que la parte esencial del hombre existe solo en la unidad y por la unidad.

Porque el hombre, una vez habiendo alcanzado esta conviccion, verá tambien que la unidad de voluntad y de accion, debe ser tan natural y necesaria para él, como el sostenimiento de su propia existencia.

Y de aquí, observará mas adelante, que la unidad de accion y voluntad es tan natural en él, como el mecanismo de su cuerpo y la unidad de su conocimiento.—SCHELLING.

Si se educa á la niñez segun sus facultades, aumentará y adelantará continuamente; mientras que si es forzada mas allá de sus fuerzas, decrecerá en vez de adelantar.—AGUSTINA.

La conciencia, cuyo poder siente el hombre, aun en medio del tumulto de las malas pasiones, y conoce que lo que hace es malo, debe recibir pronto y solcito cuidado, para que el alma no niegue su propia pura naturaleza ó sus leyes.

Esa susceptibilidad, que llamamos conciencia, no es mas que la voz del alma, que se queja. Es la parte inmortal del hombre, que habla.

Solo es verdaderamente libre aquel que escucha esta voz, la ley de su alma, que no puede desear sino lo que Dios quiere.—ZSCHOKKE.

## EL BURRO EN EL CONCIERTO.

(FABULA.)

En un bello jardin que se estendia  
A la orilla del Tibre,  
Sonaba una dulcísima armonía  
Que bajada del cielo parecia:  
Era la de un concierto al aire libre.

Oyóla un burro que paciendo estaba  
Un poco mas abajo,  
Y entróse en el local donde sonaba,  
Cuando ante el coro atronador cantaba  
El ária aquella de Oroveso, un bajo.

Del cantante á la voz profunda y llena  
En ¡bravos! á porfía  
Todo el recinto del jardin resuena;  
Y el burro dice entonces: «voz muy buena  
La de ese artista es; pero... ¿y la mia?»—

Y de aire y aire su pulmon hinchendo  
Con el cuello encogido,  
Vuelve el cuello á alargar, la boca abriendo,  
Dando rebuzno tal y tan tremendo,  
Que hace al coro correr despavorido.

Gozoso el burro con su insigne hazafia,  
Espera que á intervalos  
Bravos le dé la musical compañía;  
Pero vienen sobre él llenos de saña,  
Y le echan todos del jardin á palos.

En vano á coces sin prudencia y seso  
Por defenderse lidia,  
Pues cada palo le quebranta un hueso;  
Por fin huye del coro y de Oroveso,  
Y les dice al huir: «envidia! envidia!»